

RIESGO Y VENTURA DE UNA ENFERMERA.

Por MARTÍN HUECAR

El saloncito de recibo en la Escuela del Hogar que Falange tiene establecida en el paseo del Cisne y donde se encuentran instaladas las treinta y cinco camaradas que han de partir a Rusia, se va llenando lentamente. Las más vienen de los pisos superiores o del patio. Algunas llegan con traje de calle. Tina, la secretaria de la Regiduría Central de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social, advierte:

—Son las cuatro y veinte, y debíais haber estado aquí a las cuatro.

Al parecer, el tranvía tiene la culpa del retraso... Alguna amplía tímidamente la contestación. Inflexible, Tina repite:

—Son las cuatro y veinte.

Hay que aprovechar los instantes. Interrumpo:

—Decidme: ¿no sentís, a medida que se aproxima la fecha de partida, intranquilidad, preocupación?...

Hay un poco de asombro en las caras de todas.

—¿Preocupación? ¿Por qué?— contesta con acento gallego una de ellas.

—Los azares y peligros de la empresa—añado un poco arrepentido de la pregunta.

—Sí; yo tengo el presentimiento de que me va a pasar algo—interviene Angustias, una navarra morena, de facciones delicadísimas, ademanos distinguidos y voz dulce, un poco tímida.

La intervención suscita un aluvión de protestas. Yo no sé si ante esta reacción, con plena sinceridad, Angustias continúa:

—Pero dad gracias a este presentimiento mío. Los he tenido siempre... y jamás se cumplieron.

Fuera se oyen unos precipitados ladridos que resuenan aún más ásperamente en el silencio denso de la hora de siesta. El auditorio se alborota. Las más corren hacia la puerta:

—¡Es don Eliso! ¡Don Eliso!...

Intrigado, espero la llegada del personaje que responde a tan pintoresco nombre. Pienso—Dios me perdone—en algún entrañable profesor de este breve cursillo. Pronto salgo de dudas. Don Eliso es un simpático y diminuto perrillo blanco y negro, de raza indeterminada, que irrumpe alborotador, festejado por todas.

—Es nuestra mascota—aclara Angustias—. Pensamos primero en mi galápago. Mi galápago era tranquilísimo, sobrio, fácilmente transportable. Ideal para nuestro propósito. Yo le pinté el adoquinado de su concha de varios colores, hasta con purpurina. Estaba precioso. ¿Quién lo había de decir!...

—¿Decir qué?—pregunto intrigado.

—Sencillamente—me contesta muy seria—, que se suicidó. Mejor: se nos suicidó. El, que nunca se atrevía a llegar al borde de la mesa, se arrojó por un balcón a la calle. Yo pienso que era rojo y no le agradaba el papel que le habíamos asignado. ¿Quién lo hubiera dicho!

—No te extrañes—respondo—. Es completamente lógico. Tu galápago, al fin y al cabo, aun tan simpático, no era sino un miserable reptil.

—Pero hemos salido ganando con la nueva mascota; ¿no lo crees? Además es un auténtico...

—¿Auténtico?...—pregunto extrañado, pues el perro, simpatiquísimo, es, a mi ver, de lo más *chucho* que he conocido.

—Falangista, hijo—contesta Angustias, sorprendida por mi poca perspicacia—. Lo han criado nada menos que los Sáenz de Heredia. Nos lo ha regalado Salvador. ¡Fíjate en qué ambiente se ha desenvuelto!

Yo no objeto nada al razonamiento de Angustias. El perrillo se ha aqueitado. Ya no ladra. Con la cabeza sobre las manos, en un ángulo del diván, mira a todas inteligentemente.

Se oyen voces en el patio.

—¡La marquesa! ¡La marquesa, que acaba de llegar!

Me levanto cortésmente, esperando a la aristocrática visitante. Pero el ambiente cobra un tono poco acorde con la significación social de la recién llegada. Las chicas se han levantado en su casi totalidad y corren riendo hacia el patio.

—La marquesa—me aclara sonriendo Tina—es quién menos puedes pensar: una pobre mujer, no muy sobrada de medios económicos, que le ha tomado un cariño extraordinario al perro desde que sabe que es nuestra mascota. Puntualmente viene todos los días y comparte con él su modesta comida.

Aprovecho estos instantes de relativa tranquilidad e interrogo a Tina sobre el carácter y resultado de los cursillos.

—En este cursillo se ha procurado, contando con la sólida formación científica y doctrinal de las chicas, todas ellas enfermeras experimentadas, ampliar conceptos y precisar puntos difíciles. Admirable el programa dictado por las ilustres figuras médicas que han desfilado por nuestras aulas. Las últimas novedades de la ciencia médica en relación con el menester que nuestras camaradas han de cumplir. Las Jerarquías han desarrollado un verdadero curso superior Nacional-Sindicalista. Altamente interesantes las clases del Padre Marcos, que ha procurado capacitar plenamente a sus alumnas pensando, con admirable previsión, en lo que ha de venir: desde los auxilios religiosos que han de prestarse a los moribundos a las particularidades del rito de los pueblos que han de conocer. Podemos tener la cer-



Un buen optimismo preparará a estas camaradas a acometer una empresa tan decidida y tan valerosa como la de marchar a Rusia con la División Azul española. Muchas conocen ya los riesgos y penalidades de los frentes de combate. Ahora les espera otra guerra, con distintos climas y paisajes.



En el comedor, en esas horas de camaradería, se comentan los próximos días, sobre los que se lanzan mil proyectos. ¿Qué días esperan, lejos de España, allá en los campos de guerra de Rusia...?

teza de que nuestras mujeres no han de sorprenderse litúrgica ni científicamente.

Entre un grupo bullicioso:

—Tortilla hoy para don Eliso.

Hacen su aparición dos nuevas camaradas: Pilar, de Barcelona, Pilín, de Zaragoza. Trigueña una. Morena, fuertemente morena, con ojos que le comen la cara, la otra. Desde su llegada, ellas monopolizan la conversación.

—Pilar número uno—advierto...

—Llámanos más fácilmente: Pipo y Pipa. Así nos conocen aquí.

—Yo quisiera—digo dirigiéndome a todas—que contestaseis a esta pregunta, que no sé concretamente cómo formular... ¿Cómo han recibido vuestros novios la noticia del viaje?

Alguien, timorata, elude la respuesta:

—Pero si no tenemos novio...

Pilín, enérgica, protesta:

—¡No, no! Las cosas claras. ¿Cómo que no tenemos novio? Sí, señor, y a mucha honra. No hagas caso de esta hipocritona. ¡Estaría bueno que escribieses eso y creyese el público que éramos unas desesperadas!

—Entonces, Pili—digo yo—, cuéntame tu caso.

Pilín no se hace rogar:

—Mi caso no tiene complicaciones. Mi novio, que es camisa vieja y ex combatiente, se presentó en casa a darnos la noticia de su alistamiento como voluntario. Pero nosotros ya lo habíamos hecho: mis hermanos y yo. Y fué mi mismo padre quien le dió jubilosamente la noticia.

—El magnífico padre de Pilín—interrumpen.

{(Continúa en la pág. 48.)}